

que notan que se han engañado ó que las han engañado.

Por el momento, en su cariño hallaba una excusa á su crimen. Aquella mujer creía que era permitido empezar de nuevo la vida y que no hay nada que temer cuando se ha encontrado la adhesión esperada y el sueño realizado.

Aquella imaginación quimérica y romántica debía despertar bruscamente, como se incorporó un sobresaltado por la noche á los gritos aterradores del fuego.

Habían pasado bastantes días, durante los cuales Ciampi había meditado las palabras de Andreina. Por muy persistente que fuese su pasión por Teresa, el marqués estaba resuelto á inmolarse á sus ambiciosos deseos. Ciampi era de los que no vacilan ante una amputación para salvar el cuerpo.

Agostino volvió una noche al humilde domicilio del faubourg Saint-Antoine, más pálido que de costumbre, con los labios apretados y silencioso. A Teresa le sorprendió la expresión de aquella fisonomía y en seguida se inquietó. Naturaleza magnética y de una impresionabilidad particular, experimentó de repente ese sentimiento de una desgracia cualquiera, especie de adivinación indudable, absolutamente real y que, de la vida, hace, á veces, una increíble novela.

—¿Qué sucede?—preguntó al marqués tratando de mirarle cara á cara.

Agostino bajó la cabeza, evitando aquella mirada. El varonil y soberbio rostro de aquel hom-

bre, expresaba fastidio ó malestar más bien que ira ó dolor.

—¿Qué sucede? ¿Has visto á mi marido?—preguntó Teresa.

—¡No!

—Entonces ¿á qué ese abatimiento? ¿No estamos ya en seguridad? ¿Es preciso huir también de aquí? Si quieres, partiremos esta misma noche.

—¿Qué importa el rincón del mundo en que uno se encuentra, si no se puede vivir en él según nuestros deseos!

Había pronunciado aquellas palabras con una amargura concentrada que demostró á Teresa que no se había equivocado.

—Sufres, Agostino,—le dijo.—¿Qué te falta?

—¡La vida!—dijo el marqués.

Teresa retrocedió sorprendida.

—¡Pues bien! ¡sí, la vida!—prosiguió—porque vejetar como lo hacemos, ¿es vivir?

—Si piensas en mí, te juro que nunca he sido tan feliz, nunca, comprendes, nunca, como en esta sombría casa!

—Sí, sin duda, pienso en tí... en tí que te has sacrificado... pero nuestras dos existencias tienen otras preocupaciones.

—¿Cuáles?

—Teresa—dijo Agostino—Me encuentro sin recursos.

—¿Sin recursos?

—Sí. ¡Ah! ¡esas realidades cortan las alas á todos los sueños! ¡No tengo dinero, lucho en el vacío, busco, interrogo... nada. Hay delante de

nosotros una muralla infranqueable, contra la cual van á estrellarse todos mis esfuerzos como bolas de jabón! ¡No te he dicho nada hasta ahora, queriendo guardar para mí solo todas las inquietudes! ¡Cuántas horas de ansiedad! ¡Tú ignoras lo que es la miseria, Teresa, la espantosa miseria! Pues bien: ¡ahí está, encima, nos acecha... mañana nos alcanzará!

Teresa miraba á Agostino Ciampi con ojos casi extraviados. Nunca la habia hablado de aquel modo. No parecía el mismo hombre. Ponía tanto encarnizamiento en pronunciar aquella lúgubre palabra *la miseria*, que, por un momento, se preguntó si no queria simplemente poner á prueba el valor de la mujer amada.

Pero no era así, el marqués continuaba describiendo á Teresa sus luchas, sus tentativas, sus deseos, sus rabias y sus decepciones.

—¡He vendido mis alhajas, ya no tengo nada!... ¡Si no!...—dijo Teresa.

—¡Ah! ¡tus alhajas! ¡qué valen tus alhajas! ¡Cuánto más no he devorado!... Sí, por huir contigo, por ser rico para tí, he jugado y he perdido. Ahora ya no tengo más remedio que volver á tomar mi capote de soldado é ir á esponer la cabeza por una causa que no me importa. En cuanto á esperar el éxito de ese complot militar, en el que algunos insensatos se juegan la cabeza, es una partida que no confio ganar. Por un momento lo creí. ¡qué tontería! ¡Se acabó! ¡Estoy desesperado! ¡Qué hacer?

—No lo sé—repuso Teresa,—pero lo que adivino es que no me amas ya.

—¿Yo?—dijo Agostino.

La jóven habia pronunciado aquellas palabras con un tono grave que no le era habitual.

Hubiérase dicho que algo habia desaparecido bruscamente de su alma, como barrido por un viento huracanado.

—Querida Teresa, ¿no te he dicho que ha sido por tí por quien he arriesgado en el tapete verde cuanto tenia? ¡Todo! ¿comprendes? ¡todo! ¡Ah! ¡*maledetto!* ¡una fortuna!

—¡Y bien! ricos ó pobres, ¿acaso no podemos seguir amándonos?—prosiguió la jóven logrando entonces fijar sus miradas en los oscuros ojos del marqués.

Aarnos, sí—dijo Agostino,—pero no gozar de esa vida suntuosa y holgada que yo queria. ¡Ser pobre, qué rabia! ¡Estar despreciado! ¡No lograr su puesto en el banquete cuando se tiene derecho á él y los dientes afilados como yo! ¿No me comprendes?—añadió volviéndose á su vez cara á cara hacia Teresa, que permaneció inmóvil, como aplastada por aquellas palabras, de las que cada una era una revelacion.

—Sí, comprendo—contestó la joven.—¡O por lo menos, tengo miedo de comprender!

—¿Es decir?

—Es decir que entre tú y el mundo entero, no vacilaria, serias tú el primero, y que entre yo y no sé qué sueños de grandeza ó de lujo, me sacrificarías sin compasion como una cosa inútil. Lo veo... lo presiento... ¡Oh! ¡no digas que no! ¡Acabo de leer en tí como en un libro abierto!

—Entonces debes leer que tu nombre ocupa

mi pensamiento, que pasar toda mi vida á tu lado seria toda mi felicidad, pero tambien sabrás lo que me ha costado tu amor: ¡la ruina de todas mis ambiciones!

—¿La ruina? ¿Y á mí?—repuso la joven,—¿no me ha costado el honor?

Fijó de nuevo en Agostino sus grandes ojos negros llenos de fuego.

—¿En verdad—contintó diciendo,—que segun parece, no es nada la tranquilidad y la reputacion de una mujer? ¿Tus angustias? ¿Acaso has contado mis horas de insomnio? ¿Te has preguntado alguna vez si pensaba en el hombre cuya vida he destrozado? ¡Ah! ¡qué egoista es el amor de los hombres! Bien veo que has calculado todo lo que has perdido amándome; pero has olvidado que quien más ha dado he sido yo, que he inmolado mi pasado y mi porvenir y te he sacrificado el nombre de un hombre honrado!

—¡Honor por honor, en todo caso!—contestó el marqués de Olona soltando una estridente carcajada. Si has caido por mí, yo me he envilecido por tí. ¡La balanza está en el fiel!

—¡Oh! ¡ahora sí que no te comprendo!—exclamó Teresa.

Luego cogiendo á Agostino por las manos, añadió:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué has hecho por mí? No te he pedido nada que fuese culpable, ni vil.

—¡No, pero yo te amaba y esto era bastante! Para tenerte á mi lado, para tener el derecho de llevarte lejos de este Paris donde está el y está libre, yo he...

Detúvose bruscamente como si hubiese temido haber dicho demasiado.

—¿Y bien?—preguntó la joven.—Estoy esperando. ¿Qué has hecho?

—Nada.

—¡Sí! ¡Oh! ¡hablarás! ¿Por qué has empezado? Agostino, te lo suplico, Agostino... ¿Qué has hecho?... Nada culpable, ¿no es cierto? nada malo... Yo te he soñado y querido superior á todos... Por eso te he amado... ¡Tú no has podido faltar al honor, tú, un Ciampi!... ¿El marqués de Olona cometer una villanía? ¡Qué locura! ¡imposible! Agostino se callaba.

Teresa sentia que una horrible angustia le oprimia el corazon.

Aquel hombre alto, hercúleo, con su cabellera rizada y su cuerpo atlético, parecia abatido y bajaba la cabeza como un niño.

—En fin—prosiguió,—¿te persiguen acaso? ¿te buscan?

—¡No!—dijo con estraña é irónica espresion—¡oh! no... ¡Lo que yo he hecho nadie lo sabrá nunca... más que tú!

—¡Yo!

—¡Tú! ¿y por qué no?—dijo el marqués de repente, como tomando una decision.—¡Este secreto te pertenece un poco, puesto que ha sido por tí, ¿me has oido?, sólo por tí, por quien he robado!

Parecia sentir un terrible placer en deshonorarse él mismo á los ojos de aquella mujer. Si hubiera estado ansioso de su desprecio ó de su odio no hubiese hablado con una brutalidad más amarga.

¡Robado! Teresa retrocedió, aterrada, á esta palabra infame. ¡Robado! Hubiera querido partirle el corazón con la mirada. ¡Robado! ¡Era imposible!

—¿Qué estás diciendo? ¡Robado! ¡Tú robar! ¿Qué harías al que te acusara de tan horrible bajeza? ¡Robar!

—¡Pues bien, sí, lo he hecho! ¡Y ha sido por tí, para vivir lejos de aquí, contigo, para ir al fin del mundo y no oír más voz que la tuya!

—¿Luego es verdad?... Repítelo—dijo Teresa.
—¿No te burlas de mí?... ¿Eres tú quien dices eso?... ¡Vamos, Agostino, estás loco! ¡Vuelve en tí!

—He dicho la verdad—dijo el marqués con un gesto brusco.—El dinero que he jugado en el 113, el oro que he querido duplicar y que rodaba allí delante de mis ojos y entre mis manos, ¡no era mío!...

Teresa, entonces, saltó realmente hacia atrás como si hubiese puesto el pié en algún reptil. Hasta aquel momento había dudado. Todo lo que la dijera anteriormente Ciampi le había hecho el efecto de una alucinación dolorosa. Aquella afirmación clara y arrebatada, más que cínica, no la permitía hacerse ya ilusión alguna. El robo, aquella cosa innoble, aquel crimen más miserable que el asesinato, había marcado su huella en el altivo rostro de Agostino, en aquella frente que Teresa había visto amenudo preocupada, ignorando que aquellas preocupaciones nacían de semejante vergüenza.

—¿Y por qué me revelais ese crimen, mar-

qués?—preguntó bruscamente á Ciampi, cuyo título, arrojado así con ira, sorprendió en los labios de aquella mujer.—¿Para qué? ¿Para que yo sea vuestra cómplice?... ¡Ah! ¡yo creía solamente haberme deshonrado! ¡Desgraciada de mí, y he caído en el más negro fango!

Dejóse caer abatida sobre una silla con las manos juntas maquinalmente entre sus rodillas, mirando al suelo sin verle y moviendo la cabeza.

El marqués la miraba con aire extraño, como si la espicara. Era evidente que aquel hombre tenía un objeto al arrojar de aquel modo tan brutal á Teresa, una revelación tan terrible, pero su intención no la dejaron adivinar sus pupilas.

—De modo—dijo lentamente después de un silencio desgarrador, durante el cual no se oía en el cuarto más que la respiración oprimida de Teresa—¿que no me perdonarás nunca?

—¿Yo?

—¡Tú!—dijo dando á su voz una profunda expresión de amor.

—¿Era acaso una confesión y contábais conmigo para absolveros?

—Quizás,—dijo Ciampi.—Ese secreto me pesaba. Encerrarle más tiempo en mí, habría sido imposible y por eso he hablado.

—¿Y bien?—añadió mirando á Teresa y como si hubiese implorado una respuesta.—Al menos, Teresa, ¿puedo esperar que mi secreto será guardado por tí?

Teresa permanecía inmóvil en su silla con los

ojos desesperadamente fijos en el suelo. Era evidente que miraba algo invisible, uno de esos espectros de ilusiones que pasan á veres con ironía entre las visiones de los hombres.

—Lo que te he dicho—repitió Agostino—¿nadie lo sabrá en el mundo?

—¡Ah! ¡Dios del cielo!—esclamó Teresa—¡me avergonzaria demasiado de confesar semejante infamia! ¡Me parece, qué horror, que soy tu cómplice!

Agostino, tranquilizado sobre un peligro posible, comprendió que acababa de destrozar en aquella mujer, una fé ardiente. Una estraña sonrisa hizo fruncir sus labios; retorcióse el bigote entre el pulgar y el índice con un movimiento brusco é irreflexivo. Luego, sin decir una palabra, dió algunos pasos para salir, no sin dejar de observar con el rabillo del ojo á Teresa, sentada, abatida é inmóvil.

Estremeciése, no obstante, al oír á Agostino que abría la puerta del laboratorio contiguo á aquella habitación.

Levantó la cabeza y fijó sus ojos en el marqués de Olona.

Y, como si no esperara más que aquella mirada volvióse bruscamente hacia ella, la cogió las manos, se las cubrió de besos y repitió:

—Fué por tí, *¡Teresina mia!* ¡solo por tí, Teresa de mi alma!

Pero ella permaneció fria, impasible, dejando sus manos inertes bajo los labios de aquel hombre por quien se hubiese matado con gusto una hora antes, y pareciendo entonces una muerta,

á quien Ciampi trataba de reanimar con sus caricias.

Luego, de repente, Teresa se levantó rígida y fria, con su belleza de estatua, más imponente todavía á causa de la rigidez de su porte; fijó en el marqués una mirada sorprendida como el que estudia á un ser que ha visto por primera vez en su vida. Las negras pupilas de Teresa no habrian mirado de otro modo á un estraño.

Vaciló un momento como si hubiese querido hablar y luego salió sin decir una palabra, dejando á Agostino estupefacto.

La habitación del faubourg Saint-Antoine, aquel nido de amores convertido en refugio, no era grande.

Entreabriendo la puerta por la cual habia salido la pobre mujer, el marqués vió á Teresa de pié con el codo apoyado en la chimenea de su cuarto, que lloraba con el rostro oculto en su pañuelo.

Un estremecimiento doloroso agitaba aquel cuerpo, y Teresa, de vez en cuando, mordia la batista entre sus dientes como si hubiese querido desgarrarla.

Al verla así, Agostino tuvo la tentacion de precipitarse de nuevo á sus piés, de implorar su perdón, de enternecerla y desarmarla.

Librose en su alma una violenta lucha, luego reflexionó:

—¡Bah!—se dijo—¿Para qué? El golpe está dado. Si sufre, ¿acaso no he sufrido yo tambien? Tratar de romper el lazo que nos une es cortarse la carne con sus propias manos.

—¡Ah! ¡Teresa! ¡Teresa!—murmuró con dolor
—¡Ahora sabré si me amas!

Supersticioso como buen napolitano, Agostino Ciampi quería dejar á la suerte el cuidado de devolverle una libertad que necesitaba para poner en planta sus proyectos de union con la condesa de Farges. En cuanto á abandonar á Teresa, no se le ocurrió siquiera, no se sentía con valor para ello. Aquel amor le dominaba demasiado todavía; por eso dejaba á Teresa dueña de su destino y no se habia equivocado; ella debia tomar una resolucion.

—Por lo menos no seré yo el que rompa esos lazos—pensaba el italiano.

Y temia al mismo tiempo que dejase de amarle y que le amase á pesar de todo.

Una vez libre, Agostino podia, sin temor, dar un asalto á aquel inmenso dote, á la fortuna de Luisa de Farges; pero al mismo tiempo sentíase humillado y furioso ante la idea de que tal vez Teresa quedase perdida para él.

—¡Qué animal más tonto é indeciso es el hombre!—se decia.—Quiere y no quiere. ¡Ah! *sciocco*, *balordo*, preciso es, no obstante, que *Teresina* no esté á tu lado, para que puedas conquistar á la otra! Si sufro un poco, ¡qué le hemos de hacer! ser pobre, comer mal, llevar los codos fuera y las botas rotas, esto es el verdadero sufrimiento, y si tú no quieres ni volver al servicio, ni continuar tu oficio de *Brutus* imbecil, pronto llegarías á esa situacion, á pesar de tu marcado!

Maquinalmente habia entrado en su labora-

torio y cogia y soltaba sus redomas, cuyas contenticos trituraba tan á menudo.

—En último resultado—seguia diciéndose, mirando aquellos líquidos de colores lividos ó sangrientos,—el soberano remedio le tengo ahí!

Una repentina idea cruzó su imaginacion.

—Las mujeres son algo locas, y una gota de veneno pronto se la tragan.

Y al salir cerró cuidadosamente con llave la puerta del laboratorio.

Era ya de noche.

Sombria y desconsolada, Teresa pasó aquella velada de julio en el balcon, escuchando cantar á las vecinas, que eran unas obreras.

Abajo, en el patio interior de aquella modesta casa, unas niñas jugaban al corro. Sus voces subian hasta ella:

Que t'as de belles filles

¡Giroflé!

¡Giroflá!

Decian aquellas encantadoras y carifosas voces.

—¡Tener hijos!—se decia Teresa.—¡Si hubiese sido madre, quizás estaria aún allá abajo! ¡Un hijo!...

Y por primera vez de su vida, la triste morada de la calle de Postas y la rigida habitacion del *faubourg* Montmartre le parecieron menos severas y casi posibles de albergar en un rincon cualquiera una tranquila felicidad.

Las niñas continuaban su canción:

Que t'as de belles filles,
L'amour les compera!

—El amor—se dijo Teresa.—¿Era esto?

Al día siguiente, Agostino Ciampi abandonó su casa á la hora de costumbre. Teresa, cuyo silencio continuaba, le dejó marchar.

Cuando volvió por la tarde ya no estaba allí. La portera de la casa habia visto salir á la joven, muy pálida y con un aire muy extraño.

—¿Pero, en fin?...—preguntó Agostino.

—¡En fin, señorito, un aire que no anunciaba nada bueno!

Agostino esperó. Teresa no debia volver. ¿Y nada? ¡Ni una palabra! ¡ni una carta! ¡ni aun una despedida!

—¡Si se habrá matado!—pensó el marqués.

Y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo ante esa idea.

Tuvo miedo tambien de que la policía, al hallar el cuerpo de Teresa, no le buscase á él.

Tranquilizóse en seguida y se dijo que nada se obtiene sin audacia, y sintiéndose ya libre de todo lazo, se repetía que era preciso no pensar más que en Luisa de Farges, que representaba, para él, la fortuna y la salvación.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, un agudo dolor le laceraba, y satisfecho de poder obrar sin traba alguna, experimentaba, no obstante, un doble sufrimiento de amor y de amor propio al decirse:

—Teresa no me amaba ya.

Y todo su cariño de otros tiempos se reavivaba ante esa idea, hallando en el fondo de su ira un aumento de pasión.

Luego añadía:

—¿Qué habrá sido de ella?

En cuanto á temer que aquella mujer revelase su secreto, eso ni se le ocurría siquiera. Teresa podría huir, Teresa podría desaparecer, pero no hablaría.